

*Fraire, disso la Donna, non dubdes en la cosa:
Io so donna María, de Iosep la esposa:
el tu ruego me trae apriessa e cueitosa;
quiero que compongamos io e tu una prosa),*

también alcanza con esta su bendita sencillez las más negras honduras de la tragedia. Sencilla y hondamente describe la amarga soledad de la Madre que ve a su Hijo abandonado de los discípulos y amigos, arrebatado por los enemigos que se lo llevan:

*Cuando cobré el seso catem a derredor;
non vidi los discípulos, non vidi al Pastor.*

Trágica es la plegaria que pone en boca de la Virgen, ya Virgen de la Soledad y las Angustias:

*Fiio, cerca de ti querrio io finar,
non querria al sieglo sin mi Fiio tornar.
Fiio dulz e sabroso, templo de caridat...;
non desses a tu madre en tal sociedad.
Fiio non me oblides e líévame contigo,
non me fica en sieglo mas de un buen amigo;
luan quem diste per fiio aquí plora conmigo,
ruégote quem condones esto que io te digo.*

Pero volvamos a los *Milagros de Nuestra Señora*, la más larga de sus composiciones marianas. Remansemos en su paz, demorémonos, como se demoró el poeta, en sus sencillos misterios, en las bondadosas intervenciones de Nuestra Abogada. Se cuentan hasta 25 «Milagros» como descritos por el poeta riojano, y en muchos de ellos se notan ciertamente analogías de pensamiento y expresión con los *Miracles de la Sainte Vierge*, del trovero francés Gautier de Coinci, prior de Vic-sur-Aisne, anterior a nuestro Gonzalo de Berceo (1197-1236). Pero aparte de que siete de los «Milagros» descritos por éste son enteramente originales, tampoco ninguno de los restantes son simples copias. Muestra en todos ellos, sin duda alguna, una mayor facultad de selección, un instinto poético harto más delicado, mayor sobriedad de estilo, más variedad de recursos y, sobre todo y por encima de todo, la viveza de su acción y la fuerza descriptiva de sus composiciones,

que es quizá la más señalada de las excelencias de Berceo. Puede decirse que se inspiró en el libro del trovero francés, pero haciéndolo suyo, vertiéndolo al lenguaje de sus paisanos, para los que hablaba, y dándole propio aliento poético con su talento lírico indudable.

Que es, al fin y al cabo, lo que hizo y se propuso hacer en todos sus «dictados». Créase o no lo que él mismo dice de que no sabía el suficiente latín como para escribir en esta lengua, lo cierto es que tampoco lo hubiera hecho aunque fuera tan docto como para realizar tal labor.

Precisamente su interés estribaba en poner al alcance de su pueblo, de sus paisanos, de sus feligreses, de los ignorantes de latines, las doctas historias y piadosas leyendas que su sapiencia de esta lengua le permitían conocer.

Fué su época no sólo la del triunfo del escolasticismo, sino también la del principio de la labor de las Congregaciones religiosas entre el pueblo. Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís irrumpieron en el concepto monástico de la antigüedad, renovándolo: ambos santos lanzaron a sus discípulos al mundo, esparciendo la llama de su caridad entre las gentes humildes y sencillas, tan necesitadas de ella, y llevándoles las enseñanzas de su santa palabra.

Cuando los frailes mendicantes comenzaban su labor, Gonzalo era un niño. Ya hombre, él cumplió también la misión que se propuso y vertió en el lenguaje popular, con sencillas y encendidas estrofas, el fruto más amado de sus estudios. Y con esto, por ende, dió principio a nuestra poesía castellana. Porque no sólo tradujo, sino que al traducir, recreándose, creó. Puso en su labor el soplo de su inspiración y la sinceridad de su fe y de su alma ingenua y creyente.

Por eso alientan hoy y alentarán siempre sus estrofas vividas con el calor de su corazón de poeta. Como dijo Machado:

.....
*Leyendo en santorales y libros de oración,
siguiendo historias viejas nos dijo su dictado.
Mientras le sale fuera la luz del corazón.*